

REVISTA DE CAS-
TELLÓN : AÑO SE-
GUNDO : NÚM. 38
: JULIO 15 DE
1903

Ayer y Hoy

Origen de la baronía de Borriol

El castillo de Borriol situado en lo alto de una montaña, en cuya falda hállase recostada la villa, fué uno de los que cayeron en manos de don Jaime al poco tiempo de conquistada Burriana y de habersele rendido el importante castillo de Peñíscola. Calcúlase que su rendición debió acontecer próximamente en setiembre ú octubre de 1233.

La circunstancia de haberse encontrado en su término algunas inscripciones latinas y fragmentos de columnas miliarias, hace sospechar que la antigüedad de esta villa se remonta, por lo menos, á la época romana y que por aquí ó muy cerca pasaba la antigua y famosa carretera ó calzada romana que desde Tortosa conducía á Sagunto, atravesando la actual provincia de Castellón. No falta, sin embargo, quien sostiene que el castillo de Borriol fué obra de moros siendo estos los que levantaron aquella fortaleza para defensa de la población.

No deja de sorprendernos la semejanza que ofrecen los nombres de *Borriana* y *Borriol*, semejanza que si pudiera estudiarse detenidamente nos daría á conocer, tal vez con bastante exactitud, el significado de la voz común *borri* y el de las terminaciones *ol* y *ana* con que se diferencian uno de otro. La antigüedad é importancia de estas dos poblaciones, muy superior á la de los pueblos que les rodeaban durante la reconquista, debe tenerse muy en cuenta para mejor conocer el sentido etimológico de estas dos palabras. Por nuestra parte, hemos de confesar francamente que carecemos de ilustración suficiente para estudiar á fondo esta cuestión. Solo diremos

que, al parecer, lo mismo la raíz que las terminaciones son griegas y nada tendría de particular que tanto Borriol como Burriana debieron su origen á alguna colonia griega de las que se establecieron en el litoral del Mediterráneo.

¿Cómo vino á poder de don Jaime el castillo de Borriol? ¿Fué por la fuerza de las armas ó por simple capitulación? Silencio guardan los historiadores acerca de este punto concreto; y sin embargo, el hecho de que abandonaran los moros esta población y se viera precisado el rey don Jaime á repoblarla de cristianos, hace suponer, dadas las costumbres de la época, que los habitantes de Borriol debieron oponer seria resistencia á las tropas de don Jaime y que este tuvo que expulsarlos á la fuerza de toda la población. A no ser que ocurriera aquí lo mismo que sucedió en Peñíscola, donde, después de entregarse sin resistencia en 1233, arrepentidos quizás allá por los años de 1248 ó 49, se rebelaron contra el rey, juntamente con otros muchos moros del reino. Esta rebelión tanto disgustó á don Jaime que hubo de decretar la expulsión general de todos ellos: desde entonces quedaron despoblados muchos lugares (entre los cuales bien podía figurar el de Borriol) que acabaron por poblarse de cristianos. Es verdad que esta expulsión no fué absoluta sino parcial y que entre los nuevos pobladores cristianos se quedaron todavía bastantes moros, como lo prueba el hecho de haber pueblos enteros habitados exclusivamente por moriscos hasta su última expulsión en 1609; pero también es cierto que de otras poblaciones desaparecieron para siempre en 1249.

Don Jaime encargó la nueva población cristiana de Borriol, á Bernardo Maderes, Bernardo Agulló, Arnaldo Barberá y otros, otorgándoles la carta-puebla en Morella á 12 de febrero de 1250. Esta carta-puebla de la que ha publicado un extracto el señor Balbas, y de la que no hemos podido proporcionarnos copia alguna, se conserva, si no recordamos mal, en el archivo municipal de la villa de Borriol.

El castillo y villa de Borriol, aunque de importancia para aquella época, reservóselo el rey, tan solo, para cederlo después en feudo á uno de sus caballeros favoritos, á don Ximen Pérez de Tarazona, conocido por *Arenós* desde que poseyó el castillo de este nombre en unión de su consuégro el ex-rey moro de Valencia, Ceid Abuceid. Hallábase el rey don Jaime

en Játiva cuando, el 18 de febrero de 1254, quiso recompensar los servicios que le había prestado don Jimeno ó don Ximen haciéndole donación para siempre, como heredad propia franca y libre del castillo y villa de Borriol, con toda su fortaleza, alquerías, tierras cultivadas, y por cultivar, habitantes, toda clase de tributos, los derechos del justicia civil y criminal, ejército y cavalgada, &c.: en suma, todas las rentas y derechos que el rey percibía en dicho castillo sin otra condición que la de equipar un soldado ó caballero para el servicio del rey en el reino de Valencia, de conformidad con lo dispuesto en el fuero de Aragón.

He aquí el documento á que hacemos referencia, base de esta baronía.

**Donación de la villa y castillo de Borriol
otorgada por don Jaime I á don Jimeno
Pérez de Arenós en Játiva el día 18 de Fe-
brero de 1254**

Noverint universi quod nos Jacobus dei gracia rex aragonum Maioricarum et Valencie comes Barchinone et Urgelli et dominus montispeleri per nos et nostros damus et concedimus per heratitatem propriam franquam et liberam vobis dilecto nostro eximino petri de arenoso et vestris in perpetuum castrum et villam de boriol cum omni fortitudine ipsius castri et omnibus alquereis suis et cum casis et casalibus vineis ortis campis et terris cultis et incultis ermis et populatis furnis molendinis et culumbariis areis et paludibus aquis et erbis pratis et pascuis piscacionibus et venacionibus montibus lignis et silvis et arboribus fructiferis et infructiferis introytibus et exitibus terminis et suis pertinencis universis á celo in abisum cum omnibus eciam hominibus et feminis in predicto castro et villa et alquiriis et terminis eorundem habitaniibus et habitaturis cuiuscumque legis vel condicionis sunt vel erunt et cum peytis questis et demandis donis serviciis calonis et justiciis civilibus et criminalibus exercitibus et cavalcibus et eorum redempcionibus quintis cartis novenis tributis et omnibus aliis et singulis que nos vel nostri in predicto castro et villa et alqueriis et terminis eorundem et omnibus hominibus et feminis ibidem habitantibus et habitaturis

debeamus habere et percipere quoquomodo cum omni eciam dominio et jure vocibus et accionibus realibus et persodalibus que nos indicto castro villa alqueriis et terminis eorundem habemus vel habere debemus quolibet modo vel qualibet ratione integre et sine ullo nostro nostrorumque retentu, et sicut melius firmitus et utilius ad utilitatem et salvamentum vestrum et vestrorum potest dici vel intelligi ullo modo, et extraentes predicta omnia et singula de jure dominio et possessione nostra et nostrorum eadem in jus dominium et possessionem vestrarum et vestrorum mittimus et transferimus inducentes vos dominium et possessionem omnium et singulorum predictorum in corporale irrevocabiliter cum hoc presenti iustrumento perpetuo valituro ad habendum tenendum posidendum expectandum dandum vendendum inprgnorandum alienandum et ad omnes vestras vestrorumque voluntates cui et quibus volueritis libere perpetuo faciendas. Ita tamen quod vos et vestri et quicumque post vos vel vestros dictum castrum et villam habuerit vel tenuerit quoquomodo mittatis et mittere teneamini in nostrum servcium et nostrorum unum militem qui serviat nobis et nostris in regno valencie secundum forum aragonie quando cumque inde fueritis requisiti. Datum Xative duodecimo calendas Marcii auno domini Millesimo cc. 4.º quarto.

Sig † num Jacobi dei gracia regis aragonum maioricarum et valencie quomitis barchinone et urgeli et domini monpelleri.

Testes sunt Guilermus Angularia, Ato de Focibus, Bernardus, Guilermi Dentenza, Petrus de Queralt, Corveau de Vidaure.

Sig † num Petri Andree qui mandato domini regis pro domino fratre Andrea episcopo valentino cancellario suo hec escriptsit loco die et anno prefixis.

(Arch. Reg. de Valencia.—Registros del Real Justicia y de Manamens y Empares.)

MANUEL FERRANDIS

El Dr. D. Bernardo Ballester

Apuntes bio-bibliográficos

POR

DON PASCUAL BORONAT, PBRO.

V

En el arte métrica latina fué Ballester un consumado preceptista.

Desde Vall de Uxó á 10 de septiembre de 1768 ya decía á Mayans: «Yo he tardado á mostrar mi gratitud por este regalo (alude á la *Idea* de la Gramática de D. Gregorio) á causa de que pensava hacerle otro de semejante literatura en demostración de mi animo agradecido. Es la traducción latina en sáficos de las decimas proenzales que compuse el año pasado al Dr. Capou, que V. S. vió y aplaudió. Un aplauso de persona tan grande inflamó mi ingenio para tentar la traducción en dicho metro. Y porque el suceso no fue tan feliz qual debía ser para mostrarlo á V. S. la remití á Capou, de quien no dudo, por la comun amistad que nos profesa, la aya pasado á manos de V. S. como el Dr. Muñoz pasó las decimas.

Aora he trabajado estas nuevas odes (*sic*) por parecerme que estan mas artificiosas, mas latinas y mas conformes á su original, cuyo conocimiento me hizo perder el miedo que tenía de presentar las primeras á V. S. por parecerme que algunas cosas sino todas le podran merecer su aplauso.....»

Muestra gallarda de la pericia del Dr. Ballester en la métrica latina á la vez que de sus conocimientos nada vulgares en la interpretación de los clásicos griegos y latinos *in fonte*, como decía el Deán Martí, es el cuaderno de cuatro páginas en folio que á ruegos de Mayans le envía con el siguiente título: *In Prosodia M. Rebollidae usque ad pag. 62 haec notanda duxi.*

A estas observaciones acompaña la siguiente carta, digna de meditación: «Sr. D. Greg. Hasta aquí han podido llegar mis notas y crítica en tres días que tengo esta prosodia y no mas. En medio de mis pesadumbres i tristezas, que son indecibles i fomentadas de muchas i gravissimas causas he podido hacer eso poco por divertir i entretener mi dolor en los ratos que ocupé en este trabajo donde no puede menos de hallar muchas cosas que justamente condenar. El que no aya mas damnable de veré yo admirar habiendo forjado estos renglones con el animo tan alborotado como yo me se no mas, i por otra parte no pudiendo negar que estoi remotísimo de este genero de estudios i por ventura totalmente olvidado. Me acuerdo que Vm. me hizo este encargo i no es razon olvide los preceptos de quien tantos favores me hizo i á quien tanto amo. Si puedo i á V. S. le parece bien esta critica proseguiremos adelante si Dios me da salud i mayor desahogo á mi espiritu. Perdona V. S. desta niñería i solicite, si ya no lo tiene, el libro de Rebollida porque está bien acoplado i brilla en este varon una incomparable facilidad en ajustar al metro qualquiera pensamiento suyo i con la mayor suavidad. Esto vaya dicho salvando siempre la mejor censura de V. S., pues le consta muy bien que yo en esta materia no tengo voto alguno, cuya vida Dios prospere. Villar[r]eal i Julio 7 de 1771. De Vm. amigo de corazon Q. S. M. B.—Ber.^{do} Ballester.» (1).

Cuatro días más tarde escribió á Mayáns, entre otras cosas ya referidas lo siguiente: «Tengo minutad a mucho más á lo largo la critica de la prosodia. En lo del arte metrica no entré aun ni puedo que no me alivie el cielo, ni tampoco ordenar los apuntamientos de la minuta porque si no puedo comer ¿de qué modo podré discurrir ni hacer cosa derecha?...»

Ballester, como todos los eruditos y..... los que no lo son, sentía resurgir con poderoso aliento el deseo innato de inmortalidad, escapábasele la vida y como los hijos no satisfacieron sus nobles deseos de gloria ni pudo lograr que la prensa perpetuase su nombre en la portada de algún libro esperaba que Mayáns llenase aquel vacío que su ilusión deploraba. ¡Vanidad humana! ¡Deseo inocente y casi pueril pero al que no dejan de rendir tributo los hombres por sabios que sean y por

(1) Bib. S. y M.

el que se cometen grandes injusticias cuando el orgullo lo informa!

He aquí la forma con que expresa con candor infantil sus deseos: «Quisiera tener lugar para proseguir estas menudencias (alude á los trabajos de erudición) que me deleytan mucho; pero Dios me quiso condenar al foro como al remo y no puedo dedicarme á estas cosas como yo quisiera para poder servir á V. S.

Por esta misma causa no he podido consumir la crítica sobre el Arte métrica del Mtro. Rebollida, pero si la de su Prosodia que remito á V. S. para que se sirva decirme su dictamen....., en una palabra, deseo tener toda su Gramática (la de Mayáns) y que V. S. me de á conocer haciendo alguna mención de mí, puesto que en (por *de*) voz ha procurado siempre ilustrar mi nombre.»

Y no es en esta carta, que escribe al ilustre polígrafo desde Villarreal á 9 de febrero de 1772, la única vez en que manifiesta su inocente y natural deseo, sino el comienzo de aquellas súplicas que hizo con perfecto derecho después de corregir á Mayáns en lo que apenas podía ser corregido por media docena de eruditos contemporáneos..... Pero D. Gregorio, que repartía con medida patentes de erudito, callaba y ocultaba cuanto pudiese disminuir su fama..... Por eso el nombre de Ballester no es tan conocido como el de algunos adláteres de Mayáns que se esforzaron en percutir el parche del músico instrumento que no abandonan los que gustan de la servil adulación.....

Grande es el renombre de Mayáns en la república literaria; merecidos son los elogios que pudiera encarecer nuestra menguada pluma, pero gran parte de aquella gloria pertenece á su hermano D. Juan Antonio, según tenemos probado (1), y al prestigio de que gozó entre los camaristas de Carlos III y de su antecesor. Los eruditos valencianos que le aplaudían más bien lo hacían temerosos que persuadidos. Humanista meritísimo, jurisconsulto eminente, político sagaz, filósofo á lo Vives, pero sin tanta originalidad como Tosca y Juan B. Berní, erudito de veras, crítico severo, historiador con auxilio de su

(1) Vid. nuestros *Apuntes críticos y bio-bibliográficos* del canónigo Mayáns en la rev. *Soluciones Católicas* perteneciente á 1897 y 1898.

hermano, teólogo y canonista no tuvo en Valencia quien pudiese mantener con tanta dignidad como él la jefatura de las ideas, aspiraciones y reformas introducidas en España por la Casa de Borbón. Era el primer polígrafo valenciano del siglo XVIII y ¡ay! del que osase oponer reparos á sus juicios.

¿Quiere esto decir que era el primero en cada uno de los ramos de la erudición? En manera alguna. Ballester era un gran preceptista, pero jamás osó decir en público lo que Mayáns agradecía en secreto.

Las cartas que á continuación transcribimos dicen más y mejor de lo que pudiéramos hacerlo no ya respecto del mérito de Ballester sino del atrevimiento en descubrir lo que pocos hubieran hecho. Y es que Ballester no proyectaba con su nombre y conducta ninguna sombra, ninguna mancha sobre la fama del ilustre polígrafo. Hasta en la ortografía deja de imitar á Mayáns con ingenuidad y frecuencia, pues unas veces emplea la *y griega* y otras la latina.

«Sr. mio i mi Amigo, no sin algo queria yo ver la metrica de V. S. para cotejarla con la del R. Rebollida, porque en lo poco que he podido ver en la de V. S., hallo entre ambas total conformidad hasta en aquello de llamar Falecios á los hendecasilabos, hasta en atribuir á Livio Andrónico los versos.

*Baltheus et revocet volucres in pectore sinus
Dirige odorisequos ad certa cubilia canes*

con sola la diferencia de enseñar V. S. que semejantes hexámetros se llaman *micros* i él *miûros*, como tambien Vossio *in Etym.* p. m. 324 i Mauro alegado por Rebollida pag. 109.

Pero lo que más me admira en este punto, es ver en este libro de V. S. borrado el Andrónico, i el Livio transformado en Levio, pág. 70, dejando e[n]mendado el *Jove* que es la obra atribuida á Livio. Por ventura tambien *Levio* escribió algun poema bajo este título? Lo cierto es que el verso.

Dirige odorisequos cet,

Vossio asimismo, l. c. lo adjudica á Levio i ai misterio que no puedo alcanzar en que Rebollida i V. S. ayan padecido en esto una misma equivocación, cosa que me hace sospechar mas, no sea su libro copiado de este en lo mas, cosa mui factible aviendose publicado esta metrica de V. S. un año antes que la suya.

Sea de esto lo que fuere yo nunca he creído que Livio Andrónico hubiese escrito jamás hexámetros heroicos, como lo han negado los más eruditos hombres que he leído, si bien Diomedes, por autoridad del otro Livio historiador i de Cicerón me enseña aver sido Andrónico el Autor de la epopeya entre los latinos. *Epos apud latinos primus digne scripsit*. Ser poeta épico i no aver escrito hexámetros me parecen cosas contradictorias.

Si es verdad lo que Aeron sobre aquello de Horacio

Livi scriptoris ab aevo

dijo, esto es, que Andrónico escribió comedias el primero entre los Romanos, año de Roma 514 poco después de asentada la paz con los *Penos* ó Cartagineses, hallo nueva dificultad para creer que hubiese compuesto tales versos por no corresponder al estilo dellos á tan antigua latinidad, no siendo mucho más limada la de aquellos tiempos que la de las 12 tablas. Me opondrán que Terenciano que (*sic*) así lo dijo i tal vez su autoridad movió á V. S. también á imprimirlo de esta manera i también á Rebollida. Fuerza cace tan grande autoridad, pero no se admirara de esto quien sepa que otros escritores tanto i más antiguos que Mauro, atribuyeron al oráculo de Apolo aquel verso á Pirro que lo consultava:

Aio te, Æacida, Romanos vincere posse

como si Apolo hubiese respondido jamás en latin cuando los mismos autores de esta fabula suponen que en Delfos siempre habló en griego el oráculo ó el Demonio, aunque los consultores le huviessen tal vez hablado en latin.

Baste de esto que estoi de prisa. Solo reencargo á V. S. que quando tenga ocasión no olvide ilustrar mi nombre, pues, si V. S. seriamente me habla, lo puedo hacer sin ofensa de su conciencia i sin ningun trabajo de V. S. puedo adquirir yo muchas utilidades de una recomendacion tan autorizada, que por lo mismo ha de ser creida en todo el orbe literario.

Quedo á la disposición de V. S. rogando á Dios le guarde en su gracia m.^s a.^s Villar[r]eal á 16 de Feb.^{ro} de 1772. De V. S. seg. serv.^r i amigo Ber.^{do} Ballester. = Al Sr. D. Greg. Mayans i Siscar. »

También son dignos de la luz pública estos fragmentos que entresacamos de una carta fecha en Villarreal á 24 del mes y año citados.

«Segun V. S. se explica, Andrónico escribió algun poema con el título de *Io*, i Levio otro intitulado *Ino*; i si en Mauro se lee: *Livius in Inone* deberá leerse *Laevius*. Acaso estas voces *Io* et *Ino* las declinavan ya en aquel tiempo como *Dido* á la forma Griega i Latina. Yo me admiro de esto i sin este ejemplo no me atreviera á declinar mas que *Io*, *Iûs*, *Ino*, *Inûs*. Y ni aun con estos ejemplos me atrevería á decir *Clio*, nis; *Erato*, nis, cet., sino *Gliûs*, *Eratûs*.»

En la misma carta repite la sospecha de que Rebollida hubiese podido plagiar á Mayáns en la Prosodia y luego añade:

«No solo Escaligero sino Vossio tambien en varias partes de su *Etym.* negó á Livio Andrón, la composición de hexámetros.

Se puede recibir mui bien la opinion de V. S. en doblar la *n* en *Cannes*. Yo doi gracias á mi ingenio porque en lo mismo pensava poco antes de recibir la carta de V. S. i diré con que ocasion. En medio de mis muchas indispensables ocupaciones suelo desahogar mi animo leyendo poetas, tenia entre manos á Claudiano i casualmente dí en estos versos:

Injustitia insultat, vicûsque ab stirpe recisis
Elicit oppressas tenebroso e carcere leges.

En aquel *injustitia* esta el misterio i despues de varias calenturas de cabeza pensé que no tiene otra medicina la escansion (*sic*) de este verso que doblar la segunda *t* para alargar la primera..... Pero todavia resta remover otro inconveniente i es la dialefa entre la final de *injustitia* i la primera de *insultat* pues el hiato es mui ageno del genio i musa de Claudiano, bien quisiera que V. S. me digesse lo que siente sobre esto. Y tambien le pido me diga porqué á la pág. 167 de su metrica llama Dactílico este verso de Virgilio

Atque Getae, atque Hebreus, atque tetius Orithyia
porque siempre he leído que solo se llama assi aquel hexámetro cuyos cinco pies seguidos son dactilos: i en el verso acotado ai tres spondeos con el postrero que siempre lo es.»

En una carta sin fecha dice á Mayáns: «Sirvase V. S. ver esas tres versiones i examinar si estoi mejorado. El lugar de Plinio me paró mui dudoso.» Y termina diciendo: «La versión de Plauto me parece que saldrá mejor. V. S. no repare en decirme libremente su sentir »

(Se continuará.)

EVA

*«...et tulit de fractu illius,
et comedit: deditque viro suo,
qui comedit.»*

GÉNESIS, CAP. III, V. 6.

CUENTO

Raya la aurora en el mar. Frescas brisas cimbrean las palmeras y los trigos del campo. A través de la finísima niebla, toman vigorosamente cuerpo las azules colinas y las puntiagudas montañas de la cordillera. El ruido de los carros por los caminos, rompe con brusco concierto la calma y el reposo de la pasada noche. El atrevido canto de los gallos en los corrales, parece saludar al día que llega. En el cielo las nubes ofrecen toda la gama de colores. La tierra bañada por el rocío, se estremece sensual al recibir el beso de la luz. La claridad aumenta augusta y fastuosa. Hay un momento de reposo y á través de las rizadas olas, sale el sol; el espacio semeja entonces un áscua de oro y la vida y la fecundidad reinan en la tierra.

Enclavada al pié de una colina y próxima al mar, se divisa airosa una casita recién enjalbegada. En el techo, de rojas tejas, se levanta un palomar; frente á la puerta, un rústico emparrado lleno de colgantes racimos verdes; junto á las paredes, crecen variedad de flores y plantas; y en los alrededores ostenta sus copas espesas un centenario algarroberal.

Antes de despuntar el alba, ya estaban sentados en mecedoras al pié del emparrado, contemplando la fugitiva marcha de las estrellas, Pepe y María. Preparan un gran paseo matinal para despertar el apetito. Tres son los excursionistas: la tía Anselma y los dos primos.

—Anselma ¿que no te levantas? grita Pepe.

—Si, contesta una voz desde el fondo de la casa; y los mi-

nutos pasan y la tía no sale. La espera se prolonga y Anselma sin parecer. Por fin entra en su busca María y la encuentra llorando y quejumbrosa en la cama. Le duelen las piernas y no puede levantarse.

—Entonces ¿no hay paseo?

—Ir vosotros, pero por aquí cerca, le dice Anselma, y suspirando fuertemente se deja caer otra vez en el lecho.

María cierra la ventana del cuarto que dá al pequeño jardín de la casita, donde un surtidor eleva su chorro desgranado de agua cristalina. Después sale en busca de los almuerzos, y recogiendo dos sombrillas de la percha de la entrada, echa á correr con la vivacidad de los pájaros por el algarroberal seguida de su primo Pepe, que, adivinando lo ocurrido, salta y grita de contento y entusiasmo.

¡Un paseo los dos solitos!

Ya en los lindes de la finca toman respingo y María le participa á su primito la estupenda noticia; le hace entrega de los almuerzos y de una de las sombrillas y por su boca pequeña sale un torrente de proyectos, que ella misma critica y rechaza, con igual prontitud que los concibe y formula.

Ya mas sosegados echan á andar tranquilamente por una senda entre dos trigos. La luz chispea en las rubias espigas y las cigarras gritan en la arboleda con su monótono chirrido.

—María, soy de parecer que vayamos á la playa y que almorcemos luego sentados en las rocas.

—No; antes pasaremos por la alquería del tío *Tono*, y cogeremos fruta para postre y beberemos agua fresca del pozo.

Y en amena charla, por sendas y caminos, cruzando sembrados y saltando acequias, siguen los dos primos ébrios de alegría su paseo, cubriéndose con las sombrillas de los ardores del sol.

La mañana es clara y transparente. El espacio luce espléndido azul cobalto; solo mancha su pureza un cordón de nubes, apretadas y plomizas, que llevan á modo de volcánica cimera las montañas. Por todas partes se oyen cantares, de árabe abolen-go, que el labrador entona en su árdua faena. El calor es aplastante y el aire quema. En los canales y acequias, humedeciendo las florecillas y hierbajos de las márgenes, flota un ligero vapor, como sutil velo, que dora brillantemente la luz solar: parece el incienso derramado en el altar de la naturaleza.

Los vehículos y caballerías remueven el polvo de la carretera que va á caer en forma de nube sobre las parcelas vecinas, blanqueando su verdosa tonalidad. Las aves vuelan precipitadas buscando la plácida frescura de las frondas. Y al benéfico influjo del sol la creación entera se conmueve en ardiente espasmo de pródiga vitalidad.

Pepe y María, con la vivacidad de sus palabras y la sonoridad de sus risas, hacen palpar el amor y la juventud por donde pasan. Son una parejita adorable. Ella tiene la cabellera de oro; los ojos azules, grandes, acariciadores; la boca, de labios delgados, roja como las fresas; pronunciado el seno; las caderas amplias, de armónicas líneas; y el andar menudito, coquetón, gracioso. La estatura no pasa de mediana, y su voz delgadita es simpática y candorosa. Lleva el pelo hacia atrás, unidas las trenzas en forma de nudo sobre la nuca, y viste un tragecillo blanco de batista con sencillos adornos de encaje. Por su gracia y desenvoltura atrae desde el primer momento á quien a trata.

Pepe es un abogadillo en ciernes, moreno, nervioso, dos dedos mas alto que María, con voz insegura de chantre de catedral y un incipiente bigotillo de retorcidas guías. Quiere á su prima con la fogosidad impetuosa de los primeros años de la juventud; pero deja pasar los días sin participarle sus calladas emociones, sus locos arrebatos, la sumisa adoración con que la contempla, y el fárrago de esperanzas y proyectos que brotan en su pecho y germinan en su corazón.

A paso ligero, sudorosos y atosigados por la atmósfera de fuego, entran los dos primos en la alquería del tío *Tono* dando gritos anunciadores de su llegada.

—Buenos días tío *Tono*, exclama jovial María colándose de rondón en el corral donde el aludido prepara unas herramientas de trabajo.

—Buenos los tengan *vostés*, señoritos.

—¿Que hay de bueno, Tono?

—¿De bueno? *Pos..... vostés dirán.*

—Venimos á coger fruta y á que nos des agua, Tono.

—*Bó. Anem fora, señoritos.*

Y á la sombra de crecidas y pomposas higueras, sentados junto al pozo, Pepe y María descansan un momento apagando la sed que seca sus gargantas, con el fresco chorillo de agua

que les proporciona un pintarrajeado botijo de Ribesalbes. Allá en la era picotean las gallinas. En tanto, el tío *Tono* recorre su hermoso huerto envuelto en brillante sábana de luz, y vuelve á reunirse con los visitantes entregándoles un ramo de manzanas.

—*¿Ara de paseo?*

—Si de paseo.

—*¿Y la tía Anselma?*

—La tía está enferma. Le duelen las piernas y no ha podido venir.

—*Dónenli un recaet y que s' alivie.*

—Gracias. Adios tío *Tono*.

—Adios.

—*Danda demprés.*

Y el tío *Tono* que los vé marchar, retozando de satisfacción por una calle de perales, cuando ya van á perderse en la espesura de un bosque de naranjos les grita entre chancero y socarrón:

—*Cuidadito señorets, que van asoles.*

Los dos primos se miran un momento ruborizados, como si entonces se dieran cuenta de su peligrosa soledad. Confusos y aturdidos bajan la cabeza, y separándose maquinalmente, emprenden el camino de la playa sintiendo galopar la sangre en las venas de un modo extraño y tumultuoso.

VICENTE ALMELA.

(*Se concluirá.*)

Castellón 14—7—903.

Los satíricos latinos

La obra de nuestro distinguido compañero, que ha venido honrando durante año y medio las páginas de esta revista, forma un volumen de 300 páginas en 4.º que bien puede dividirse en cinco partes, de las cuales hemos ya examinado dos con tan buena voluntad como menguada competencia al recibir los dos primeros fascículos referentes á los satíricos Lucilio y Horacio.

Vamos ahora á examinar las tres partes restantes de la obra del señor Salinas, rogando á los peritos perdonen el atrevimiento de un aprendiz de humanista.

* * *

La tercera parte de *Los satíricos latinos* esté dedicada al estudio de la vida y obras de Aulo Persio Flacco.

Partiendo de la biografía del poeta atribuída por unos á Suetonio y por otros á Floro el gramático, relata el señor Salinas la vida del joven satírico, sus estudios literarios, su profesión de filósofo estóico y la influencia que en él ejercieron la posición social elevada, los estudios y la sociedad en que vivía, y examina la obra del poeta, penetrando en el fondo de las sátiras, juzgando con imparcialidad los defectos y las bellezas del estilo de Persio y dando cuenta minuciosa de los imitadores, de los críticos y de los traductores del discípulo de Cornuto.

Don Germán Salinas no llega realmente á entusiasmarse cuando estudia á Persio; sin duda no es éste poeta de su devoción. Hasta parece que de intento rehuya el crítico tomar partido entre los múltiples juicios contradictorios que sobre Persio se han emitido, aunque haga constar que «por encima de tan opuestos pareceres, su nombre, triunfando de las acusaciones y los siglos, viene á demostrar palmariamente que nunca el valor real se anega en las ondas del olvido

por las tempestades que levantan las disputas de críticos y comentadores.»

Persio es difícil de juzgar, porque murió joven, cuando comenzaba á formarse su lozano ingenio y porque sus obras llegaron á la posteridad muy diferentes de como salieron de sus manos. El señor Salinas las juzga con tanta moderación y tanto acierto, á nuestro parecer, que no tendríamos inconveniente en suscribir su dictamen, si de él borrarse el concepto de que la erudición suele ser la más implacable enemiga de la poesía. Creemos que en efecto la erudición perjudica notablemente á los que sin estro poético quieren sentar plaza de poetas, pero favorece mucho á los verdaderos poetas, acrecentando copiosamente las fuentes de inspiración. ¿Acaso no son los mejores sonetos y los mejores epigramas del amigo Salinas, aquellos que, inspirados en la realidad de la vida, más influidos están por la asídua é inteligente lectura de los clásicos? ¿No fué poeta Rodrigo Caro en la canción *A las ruinas de Itálica* precisamente por los copiosos conocimientos históricos que poseía? ¿No lo es Menéndez y Pelayo en su *Epístola á Horacio* por el profundo conocimiento del Venusino, engendrador del entusiasmo que por sus obras siente?

* * *

El estudio de Turno y Sulpicia forma la parte cuarta de esta obra. Pocas son las páginas de este estudio, porque escaso es el caudal poético que ha llegado á nuestros tiempos del poeta de Aurunca y de la insigne poetisa satírica; pero en todas ellas brillan las emitentes cualidades críticas que campean en las páginas anteriores del libro.

* * *

Y llegamos á la quinta y última parte de la obra, al estudio de Décimo Junio Juvenal; que en nuestro sentir es la mejor del libro, lo más fresco y espontáneo, lo más sentido y elocuente.

Creer algunos que la profesión de la crítica es cosa árida, seca y antipática, como una argumentación escolástica, porque en ella solo ha de campear el raciocinio, libre de toda pasión y entusiasmo. Los que así piensan son los que confunden el oficio del historiador con el del erudito que

recoge y estudia las fuentes históricas. No, el crítico literario, que no es otra cosa sino el historiador de gran parte de la vida intelectual, necesita algo más que el hombre científicos, algo que trasciende de la observación y del juicio y penetra en los dominios del sentimiento; como el orador ha de buscar la verdad honradamente y ha de juzgar con imparcialidad, pero sin detenerse en los límites del conocimiento, sino partiendo de él para remontar el vuelo y dar rienda suelta al entusiasmo y sentir hondamente lo que solo así puede llegar á la muchedumbre que le oye, para vencerla primero y luego moverla y arrastrarla dócilmente á su campo. Es verdad que la fantasía y el sentimiento perturban muchas veces la serenidad del juicio; pero en eso está precisamente la habilidad del crítico, en no dejarse llevar de las pasiones y de la imaginación, sino domeñarlas á fin de que no ofusquen el juicio y uncirlas luego á su carro para que no vaya á paso de tortuga, para que siga el vuelo del águila y arrastre poderosamente y sin violencia al lector indiferente.

Juvenal es, aunque el señor Salinas no lo diga, el satírico predilecto de nuestro docto amigo. Por eso sin duda lo ha estudiado, sino con más detención, sí con más cariño que á sus predecesores. Y de ahí no solo la imparcialidad con que juzga las bellezas y los defectos del poeta, sino el entusiasmo con que lo hace, comunicando el fuego de su pasión á los lectores, en párrafos admirablemente escritos, que muchos oradores elocuentes quisieran para sus más rotundos períodos.

Hay cierta *simpatía* entre el satírico latino y el crítico aragonés; hay mucha afinidad entre los dos, por el temperamento artístico, por las aficiones literarias, por las ideas filosóficas y hasta por los rasgos principales del carácter. De esa *simpatía* creemos que nacen la predilección que por Juvenal siente el señor Salinas y el entusiasmo que esas páginas respiran; predilección y entusiasmo que hemos de reconocer favorecen notablemente esa labor crítica, porque trascienden al ánimo del lector y porque no perturban la serenidad del juicio. Prueba de esa imparcialidad compatible con el entusiasmo del crítico, es el conocimiento de los defectos principales del poeta predilecto.

«Si algo se puede reprochar al poeta—dice el señor Salinas.—es el frecuente abandono de su misión de censor, por la de maestro de las costumbres, y el dar á sus últimas invectivas el tono de serias y elevadas disertaciones de moral.»—Cuando no se cultiva el arte por la belleza solamente, sino por esta y por la bondad, es muy fácil olvidar la misión propia del artista por tener demasiado presente el fin ético que se persigue. A Juvenal le perjudica, á nuestro entender, su predilección por el arte trascendente, pues al concebir sus sátiras no se deja llevar arrebatadamente por la pasión que inspira á las almas nobles el espectáculo de las ruindades y miserias que las rodean; procede con frialdad, con propósito moral determinado y concreto.—«Juvenal procede siempre con sumo tacto, estudia la tésis, la desenvuelve bajo los varios aspectos que ofrecen puntos de vista favorables á la impresión apetecida..... «Por eso sus sátiras no tienen ese admirable desorden aparente, que es uno de los principales encantos de las horacianas; por eso puede cada una llevar su propio título concreto como los varios capítulos de una tésis doctrinal; porque el poeta, no satisfecho con entretener vicios y divertir melancolias, aspira á la enseñanza de los preceptos morales que dignifican la humana naturaleza.»

Reconoce también el señor Salinas que «Juvenal pagó tributo á la moda imperante, y si en el acierto es inimitable, cuando su indignación se calma, y la ironía le abandona, dejan en descubierto al declamador de los primeros años que llena con lugares comunes los huecos de su valiente inspiración.» Por eso «si tiene momentos felicísimos, los tiene de gran desmayo y postración. en que el retórico ocupa la plaza del poeta, y estropea lastimosamente su obra soberana.» Y así va nuestro docto crítico señalando los defectos; el tributo que paga á los neologismos helénicos, su propensión á las antinomías, y á las amplificaciones ostentosas, la trivialidad de algunas sentencias..... hasta reconocer «que Horacio ha sido, y será el poeta de todas las edades, en tanto que Juvenal con sus crímenes horrendos y sus atrevidas desnudeces, solo es disculpable refiriéndolo al siglo en que reinaran los Tiberios, Calígulas, Neronés y Domicianos. Pero si le preguntamos al señor Salinas á qué

partido se inclina, contestaría «que los dos son excelentes; pero en Horacio vemos el genio del siglo de oro, y en Juvenal el feliz intérprete de un siglo abatido y decadente.»

También nosotros consideramos tan legítima y artística como la blanda ironía horaciana la dura indignación juvenalesca; también reconocemos de buen grado que un poeta de siglo decadente en vano se esforzará por alcanzar la pureza del que tuvo la suerte de vivir en tiempos mejores; pero sin creer como algunos que Juvenal es un declamador sempiterno metido á moralizador poco sincero, no dudamos en ponerlo en segundo término si con el Venusivo le comparamos, no solo porque preferimos el arte por la belleza, al arte tendencioso, si no porque vemos mucha más sinceridad en la sátira horaciana que en la del poeta de Aquino. ¿Por qué Juvenal que sintió los halagos de las mujeres, truena contra todas sin atenuaciones ni distingos, callando sus resquemores? ¿Por qué quería sentar plaza de juez inflexible? Pues al callar sus devaneos y sus pasiones nos autoriza para dudar de la sinceridad de la indignación que las debilidades mujeriles le inspira. ¿Por qué truena contra todo y en todo ve la mentira; la abyección y la decadencia, sin percatarse que á su lado viven las nuevas generaciones cristianas que han de salvar el mundo? ¿Por qué su orgullo romano no le dejaba ver la bondad de los secuaces de Cristo? Pues no era tan justo ni tan severo como creía, no estaba templada su alma para abrazar el bien y la verdad allá donde se encontrasen.

Cuando el poeta confiesa sus debilidades puede la crítica ser con él indulgente; pero cuando las oculta cuidadosamente para sentar plaza de intachable, es necesario juzgarle con severidad y hasta con dureza, sin que la pasión ofusque el entendimiento.

En resumen: que el mejor estudio de los satíricos latinos es el de Juvenal.

Una el señor Salinas nuestra entusiasta felicitación por su obra á las más autorizadas y sinceras que haya recibido, ya que no por la competencia del crítico, al menos por el entusiasmo que en este aprendiz despiertan los estudios de los hombres doctos.

SALVADOR GUINOT.

El fiesto de azucenas

En calle limpia y aseada, la mejor de la ciudad, hay una hermosa casa nueva. Una casa alta, alta, de fachada pulida, toda de labrada piedra caliza, de un tono frío agarbanzado, nueva y elegante.

Y en esta fachada, en el piso principal, un balcón amplísimo, de antepecho blanco siempre, cuidadosamente limpio, á pesar de la complicada labor de forja que compone el barandal; balcón sostenido por labradas ménsulas de elegante trazo.

En el balcón tiestos y más tiestos. Lisos unos. Otros con arabescos y flores de la propia arcilla. En los tiestos geránios de diversos colores, pomposas hortensias, camelias, blancas como la nieve, camelias rojas, rojas del sano color de las mejillas de las montañesas.

En otro tiesto, sujeto por un anillo de hierro á lo alto de la barandilla, se yergue el bohordo de una mata de azucenas. En la mancha verde, de la que destacan los balaustres del barandal sobre el fondo apergaminado de la fachada, aquella varita rolliza domina como astil de bandera en la torre del homenaje de un castillo. Cuando viene la primavera llénase de cándidas flores,

Estas flores son el emblema, el pendón y el orgullo de su dueña.

Su dueña es una niña morenucha; dorada por el sol levantino. Con ojos negros, negros del color de las moras. Su talle cenceño. Gráciles y ondulantes todas las líneas de su cuerpo esbelto.

Cada tarde cuando sale del colegio, envuelta en blanco delantal, corre al colgante jardín amparado á esta hora en la umbría de la fachada de tono agarbanzado.

Allí espulga, allí aliña, allí mulle y riega las plantas, y antes que todas la azucena. Y despues de todas, aun también hay una última mirada, un último cuidado para la azucena.

Transcurre veloz el tiempo, rápido, desconsolador.

La niña de los ojos negros, del color de las moras, ya no deja caer las guedejas rizosas de sus cabellos negros y sedosos en bucles flotantes.

Sus cabellos van sujetos á lo alto de la cabeza. con un lazo de seda joyante de color de grana,—el color de los labios,—y le caen luego en opulenta cascada sobre la espalda.

La fimbria de su vestido tiende ya á rozar el suelo, Las sencillas fantasias de su mente tienden á elevarse, á elevarse.....

Su corazón siente hondas é ignotas pesadumbres, ansiedades indefinidas; anhelos sin objeto material.

Aquel pobre corazón sufre, sufre, anegándose en las melodías cadenciosas, que arrancan al piano sus manos finas y marfileñas, como de santa virgen.

Pero todavía aquellas manos curan mimosas y acariciantes las plantas verdes pomposas de las hortensias y gardenias, y se detienen en mullir el mantillo de aquel tiesto de azucenas.

Cuando el extremoso cuidado termina, ya no baja la niña al portal con sus amigas. Ya no salta á la comba, ágil y graciosa. Ya no corre y se agita en juegos que sacuden sus flotantes bucles y ondean sus faldas blancas y sus megi-llas colorean con el tono del botón de rosa,

Cuando el jardín queda aliñado, corre la niña al piano.

Allí espera al padre Antonio, varón bondadoso, varón santo, varón susurrante y melodioso en el habla. Apasionado músico, capáz de reducir la liturgia al pentágrama y la música á la liturgia.

Y cuando el padre Antonio llega comienza la sesión artística. En la sesión siente la niña sus arrobos.

El profesor corre sus dedos finos y huesudos sobre el teclado. Y sale la música á torrentes, cálida, apasionada, entusiasta. que hace ensanchar el pecho con ansiedades de

que el viento levanta y levanta, la lluvia cae y cae, el sol
brilla y brilla, el cielo azul y azul, el mar azul y azul,
y el mundo entero se mueve y se mueve, y el mundo
entero se mueve y se mueve, y el mundo entero se mueve
y se mueve, y el mundo entero se mueve y se mueve.

El viento levanta y levanta, la lluvia cae y cae, el sol
brilla y brilla, el cielo azul y azul, el mar azul y azul,
y el mundo entero se mueve y se mueve, y el mundo
entero se mueve y se mueve, y el mundo entero se mueve
y se mueve, y el mundo entero se mueve y se mueve.

El viento levanta y levanta, la lluvia cae y cae, el sol
brilla y brilla, el cielo azul y azul, el mar azul y azul,
y el mundo entero se mueve y se mueve, y el mundo
entero se mueve y se mueve, y el mundo entero se mueve
y se mueve, y el mundo entero se mueve y se mueve.

El viento levanta y levanta, la lluvia cae y cae, el sol
brilla y brilla, el cielo azul y azul, el mar azul y azul,
y el mundo entero se mueve y se mueve, y el mundo
entero se mueve y se mueve, y el mundo entero se mueve
y se mueve, y el mundo entero se mueve y se mueve.

El viento levanta y levanta, la lluvia cae y cae, el sol
brilla y brilla, el cielo azul y azul, el mar azul y azul,
y el mundo entero se mueve y se mueve, y el mundo
entero se mueve y se mueve, y el mundo entero se mueve
y se mueve, y el mundo entero se mueve y se mueve.

Mirando el viento levanta y levanta, la lluvia cae y cae, el sol
brilla y brilla, el cielo azul y azul, el mar azul y azul,
y el mundo entero se mueve y se mueve, y el mundo
entero se mueve y se mueve, y el mundo entero se mueve
y se mueve, y el mundo entero se mueve y se mueve.

El viento levanta y levanta, la lluvia cae y cae, el sol
brilla y brilla, el cielo azul y azul, el mar azul y azul,
y el mundo entero se mueve y se mueve, y el mundo
entero se mueve y se mueve, y el mundo entero se mueve
y se mueve, y el mundo entero se mueve y se mueve.

Solo queda en la balustrada del balcón blanco, una pal-
ma amarilla, fina, marcando una curva de desmayada lan-
guidez y sugata con negras lazos de urgente seda.

Calla el piano. Ya ni música ni juegos animan aquella
morada. Ya no se vuelve a ver la blanca vestidura, ni los

bucles rizosos, ni la opulenta cascada de sedosos cabellos negros, sujetos con joyante seda grana.

Solo sigue percibiéndose debil rumor, sofocado aliento del trabajo en el interior de la morada.

Pasan los lutos. Pero ya no hermosean, no, al amplio balcón de la fachada pulida, las pomposas hortensias, ni las camelias blancas, ni las olorosas gardenias.

Pero vuelve á erguirse el bohordo de la azucena. Fresco como siempre, como siempre verde.

La niña, más grandes que nunca los ojos negros, negros del color de las moras, lleva el negro pelo recogido á lo alto en moño de ático peinado. La fimbria de sus faldas roza el suelo y se dobla sobre la punta de sus chapines charolados.

De nuevo resuena en armonías el ámbito de la sala. En armonías cada vez más melódicas, cada vez más ardorosas.

El tiesto de azucenas se yergue, pero ya no merece los mimos y cuidados de antaño. Vive en la estima de su gentil dueña, pero no en sus mimos.

Como antes las plantas brillantes de color, con sus múltiples flores policromas y aromosas, cuida ahora la niña de sus sentimientos delicados y sutiles.

Su pasión es la mística. Su recreo el deliquio religioso. La música vehículo que la transporta en inefable viático á regiones soñadas.

Pureza por pureza atiende preferente la niña á su alma débil, mejor que á planta que la naturaleza acaricia, y su pompa favorece.

Y así pasan días y pasan meses. Las salidas y atisbos de la joven son más claros cada vez.

Mas escasos los riegos y cuidados de la planta; que languidece, languidece sin remedio en el tiesto solitario.

Ya la niña no sale. Ya no asoma. No refulgen sus negros ojos, del color de las moras.

Un día, llorosa, compungida la acompaña su madre triste á lejana casa, en pais extraño.

En crencha muerta cuelga convertida la cascada de negras guedejas rizosas.

A los sedosos bucles sucede ornando la faz, dorada por el

sol levantino, un blanco monjil. A sus faldas blancas y flotantes sucede el sayal de estameña.

De aquella niña queda solo el recuerdo en la mente contristada de la madre. Y el tiesto de azucenas que ya nadie cuida. La azucena que se consume, se consume marchita por la caricia ardiente del sol.

Y pasa el tiempo veloz, asolador, caprichoso, voltario. «Todos los días son iguales y ninguno se parece.»

Ya la casa de la fachada pulida y del amplio balcón blanquísimo y con blancos balaustres y labores delicadas de forja, no pertenece á quien la edificó pensando en el regalo de su niña.

En el balcón un tiesto cascado contiene aun una azucena marchita, del tiempo injuriada y del sol herida.

La que fué poder y alma de la casa, la triste madre, ya no es dueña ni aun de sus tristes destinos. Pobre viuda acongojada, llora en arisca soledad inacabables desventuras y miserias. De quién fué, nadie se acuerda. De que existe no hay noticia.

Solo, allá, en lejano cenobio, una monjita cenceña, de morunos ojos y tez dorada, reza, reza siempre implorando venturas y consuelos para una pobre madre que lo fué todo y nada es. ¡Procer para el cielo!

Y mientras reza, vaga en su mente con vívidas luces y plásticos relieves, una casa hermosa de fachada pulida, en donde bullía la vida del trabajo. Un balcón, colgante jardín lleno de verdores, en el que el sol de Levante y la brisa mediterránea, acariciaban una mata de azucenas, más fresca, más hermosa, más verde y preñada de promesas, que esta otra debilucha, enteca, macilenta, que vive languideciendo á fuerza de cuidados, entre los ingentes tapias umbrosos y frío ambiente del patio conventual. Azucena que riega la monjita cenceña y paliducha, entre rezo y rezo, pidiendo venturas para una madre que tiene su dicha y su ventura languideciendo entre aquellos roñosos ingentes muros que el sol dora y no atraviesa.

LDO. TORRALBA.

20 Julio 1903.